

Ayer, Hoy y Siempre

El lado bueno de los cuernos

Antonia Arjona Diaz

Cada día intento ser más humana, menos perfecta y más feliz. Y a todos los que me aceptáis tal y como soy, con mis muchos defectos y mis pocas virtudes, gracias de corazón.

*Quien te quiere en su vida, te pondrá en ella.
Tú no deberías estar peleando por un puesto.
Frida Kahlo*



1 Me río de la persona que dice tenerlo todo

—Cari, ¿dónde estás? —dije casi en un susurro.

Mi marido no está en la cama. Con un pie he inspeccionado la parte que ocupa él y está fría, señal de que no acaba de salir de ella ahora mismo.

Miro al techo, justo en la parte derecha de la habitación y en el rincón, allí, con destellos de luz, el reloj muestra la hora. Son las seis y cuarenta de la mañana, y me pregunto qué estará haciendo y dónde se habrá metido, no puedo evitarlo, me gusta tenerlo todo bajo control.

«Tal vez se ha desvelado, sabes que suele pasarle a menudo, estará en el salón ojeando la prensa digital. O, como es tan metódico y organizado, a lo mejor está aligerando su parte del trabajo. Ya sabes lo que suele decir: Me hace ganar tiempo y dinero», me dije intentando no ponerme nerviosa. De sobras sé que no le gusta madrugar tanto, llevamos muchos años juntos.

Me calzo las zapatillas y voy al baño, no creo que esté allí pero la vejiga me avisa de que va siendo hora de aliviarla. Para llegar a él hay que cruzar el vestidor, el baño está ubicado en medio de las dos estancias. Mi marido, que fue el que diseñó la casa, me dijo que era lo más práctico para acceder a la ropa. La verdad es que no le faltó razón: hay exactamente los mismos pasos desde el baño que desde la habitación.

Entré en el baño con el tanga entre las manos y bajado hasta las rodillas, para agilizar la micción. Llevo una temporada que, o corro al baño o se me escapan unas gotas. Sólo es por la mañana y supongo que será pasajero.

Mi boca se abre, perpleja y confusa.

—¿Qué haces metido en el jacuzzi?! Ni son horas ni me has despertado para que te acompañe —me siento menospreciada y necesito que lo sepa.

Nunca me había hecho sentir tan mal. Para ser honesta nunca ha hecho nada que no haya sido de mi agrado, es un sol de hombre, por eso estoy tan enrabada. Me parece un acto tan impropio de él que no sé qué pensar. Las veces que hacemos uso del jacuzzi, y nunca entre semana, nos metemos en remojo y acabamos haciendo el amor. Y no precisamente por este orden, la mayoría de veces tonteamos un poco mientras va llenándose de agua tibia. Y que no haya pensado en mí, su querida mujer, aparte de que me parece rarísimo, me ha molestado mucho y no me quedaré a gusto hasta que se dé por enterado. ¡Como que me llamo Elsa que esto no se quedará así!

—Hoy me espera un día muy duro —Me dedica una sonrisa infantil y me guiña un ojo—. ¡Ni te imaginas! Entre que tengo una reunión con Luís, darle cuerpo al programa de hoy, esto, lo otro y lo de la moto, he tenido la genial idea de relajarme antes de estresarme. Tú sabes cómo soy: ocurrente y listo, como poco. Y ya conoces el dicho: El dinero no llueve del cielo ni sale del suelo. Tampoco crece en las plantas, o trabajas o te quedas sin él.

—Si tú lo dices —le contesto de mala gana—. Ya sabes que no tengo la menor idea de lo que es agachar el lomo. Soy tu mantenida, obligada, por cierto, no por voluntad propia —no es verdad, pero estoy tan enfadada que hablo sin pensar—. En fin, que usted lo disfrute de lo lindo porque yo me voy a cumplir con mi parte del contrato: la criada disciplinada y entregada. ¡Ése sí que es un trabajo inhumano y no el que realizas tú! Ni retribuido ni agradecido ni reseñado. Yo, por vosotros, las veinticuatro horas del día me devano los sesos, antepongo mis necesidades a las vuestras, mi familia, sin quejarme ni rechistar. Lo doy todo y... ¿qué recibo a cambio? Dolores de cabeza y marrones más grandes que la Catedral de Burgos —Gael, además de su lengua materna, ha aprendido diferentes idiomas: es políglota y no le quito el mérito, que tiene mucho. Pero yo no me quedo atrás, soy trilingüe, además del castellano y del catalán, domino a la perfección el sarcasmo y lo empleo cuando lo considero oportuno; justo lo que acabo de hacer ahora mismo—. Lo dicho: te espero en la cocina porque, según dicen, preparar el desayuno se me da maravillosamente bien.

—Te noto un poco quisquillosa y no me gusta, podría enumerarte todo lo que se te da de lujo: el sexo, por ponerte un ejemplo, lo bordas, eres una súper amante y me tienes más que satisfecho. Por cierto, ya que hablamos

de sexo —¿Quién está hablando de sexo? ¡Tú y sólo tú! Pensé mientras él seguía con el rollo que estaba soltándome—: ¿qué tal funciono? Nunca me he parado a pensarlo y ahora me han entrado dudas.

—No lo sé. Si quiero ser objetiva no puedo darte ninguna respuesta. Yo no he tenido más novio que tú, como bien sabes. No puedo compararte con nadie, ¡qué más quisiera! —mi intención es sacarlo de sus casillas, pero ni lo consigo ni tiro la toalla, insisto—. Tú sí que puedes comparar, ¿cuántas hubo antes de mí? Muchas, seguro que perdiste la cuenta.

—Menos lobos, Caperucita, que solo fueron dos o tres, y no lo recuerdo porque para mí no significaron absolutamente nada. Ah, y por cierto, no te quejes que eres una privilegiada y lo sabes también como yo; vives mejor que la mayoría.

«Quizá estabas a punto de zurrarte la zambomba y te he interrumpido el concierto», pensé, mirándole fijamente.

El pensamiento me cabreó todavía más y me di la vuelta para dejarlo a solas con su instrumento.

—¿Quién te ha dicho que te vayas? Yo no. ¡Ven! —Exclama, abriendo y cerrando una mano para indicarme que entre—. ¡Tengo un regalo para ti! Un súper regalo, acércate y verás.

¡Guau! Es cierto, el agua está cristalina, todavía no ha echado la espuma de baño y mis ojos ven la tremendísima respuesta de su cuerpo.

Mis labios se separan en forma de O, estoy gratamente sorprendida y se me ha pasado el enfado.

—Erección mañanera, una de las mejores compañeras. ¿La quieres?

—No lo sé. Voy a pensármelo con detenimiento —bromeo—. ¡¿Es toda para mí?! ¿Mía y sólo mía?

—Por descontado, desde que te conocí, y hasta que me muera, así será y lo sabes.

No quiero desaprovechar el tiempo y con celeridad me siento en la taza y hago lo que tenía previsto hacer, con tanta historia se me había ido de la cabeza.

Entro en el jacuzzi.

Lo abrazo por detrás, apretando mis pechos contra su espalda.

Suelta un agradable gemido.

Se gira y me pellizca las mejillas.

—Te quiero, cielo.

Me besa.

—No espero menos de ti. Deberías darme sorpresas como esta todos los días —le susurro al oído.

—Ven y acóplate entre mis piernas. Quiero lavarte bien antes de hacerte el amor.

Me sonrío.

Coge el gel y deja que poco a poco vaya cayendo en sus manos. Se las frota, reparte bien la espuma y me las pasa por los pechos.

Suspiro, noto calor entre mis piernas. Las separo un poco y se las abro para él.

—Me encanta tu piel, es tan suave que parece aterciopelada —Me besa suavemente en el cuello—. Sabes rico, tienes buen sabor.

Se coloca delante de mí.

Me tumba un poco.

—Me gusta la inmediata respuesta de tu cuerpo, te acaricio y te erizas a la velocidad del rayo. Apuesto a que sabe delicioso lo que voy a comerme ahora mismo —Baja lentamente por mi piel.

Separa más mis muslos.

Me mira a los ojos y con el pulgar acaricia mi parte más íntima.

Me estremezco. Jadeo y me abro más, todo lo que puedo, invitándolo a alargar el momento.

Siguió tocándome y besándome, creí que iba a desmayarme de placer y pensé: «Si al que madruga Dios le ayuda, conmigo se está portando genial. ¡La mañana empieza fuerte! No quiero imaginarme cómo se desarrollará el resto del día».

Gael es romántico, detallista, culto, educado, guapo... Un hombre que sabe cómo hacerme feliz y que a diario lo consigue. Junto a él me siento deseada, amada, única. Y la convivencia es tan sencilla, y me quiere tanto, que me da pánico que ocurra algo y la cosa se tuerza.

Que me desee de esta manera, con tanta intensidad y después de tantos años de casados, consigue que se me caiga la baba cuando hablo de él.

—Estoy al límite. ¡Qué bueno eres con la lengua! Con el resto también, quiero pensar, ¡demuéstramelo!

Arrodillado delante de mí, saborea mi almíbar con la lengua, y también con los labios y con los dientes, razón por la que no puede hablarme.

Le agarro la cabeza con las dos manos, me muevo hacia delante y hacia atrás, quiero apagar el fuego que está abrasándome por dentro y por fuera.

—No hemos acabado. ¿Te he pedido que vayas de por libre? —Me dijo al oír la explosión de mi cuerpo.

Lo miro, le sonrío con picardía y me muerdo el labio inferior.

—¡Por supuesto! Tienes hembra para rato.

Enreda sus dedos en mi pelo dando un suave tirón hacia atrás. Lame mi garganta con suaves lengüetazos, mordisquea mi barbilla y devora mi boca sin clemencia. Es tan embriagador que soy incapaz de resistirme, tampoco quiero.

Es muy intenso, muy sensual y sexual, de los que no se conforman con una vez al día aunque tampoco se enfada si no logra su propósito, follarme hasta quedar consumido, sin fuerzas. Dice que la culpa es mía y sólo mía, que estoy demasiado buena para mi edad y que le excita ver mi cuerpo.

Su ferocidad me devora, un fuego incandescente comienza a recorrerme de pies a cabeza.

Me agarra de las nalgas y me empuja hacia su erección, presionándola y rozándola contra mí.

Suspiro.

Se separa un poco de mí y emite un sonido parecido al de un jadeo.

—Me vuelves loco. ¿Eres realmente consciente de lo que siento por ti? Eres tan hermosa como sexy. Siempre estás dispuesta a recibirme, es más, te gusta tanto o más que a mí, lo cual me satisface. Y me acoges con tantas ganas que me quedaría a vivir en tu interior. Si me pidieras la luna haría lo que fuera necesario para conseguírtela de inmediato.

Me penetra.

Siempre que está dentro de mí me ocurre lo mismo, un maremágnum de emociones recorre todos los poros de mi piel y me siento más viva y más intensa que el hambre.

Lo abrazo. Entre los dos creamos una conexión insuperable.

Se mueve. Y me besa y vuelve a menearse con la vitalidad de los veinte años pero con la experiencia que ha ido adquiriendo después de éstos, unos pocos más.

Llegamos al clímax prácticamente a la vez. Abrió los ojos sin moverse y se quedó dentro de mí, abrazándome fuerte.

Su mirada me dice que ha obtenido mucho placer, me llena de emoción y me enorgullece.

Su aliento cálido me envuelve y pienso: «Si la vida no lo hubiera puesto en mi camino no sería la que soy, sería una acomplexada frustrada e infeliz que no querría levantarse ni para comer, o habría muerto de tristeza».

—Te quiero más que a mi vida. Eres lo mejor que me ha pasado, de no haberte conocido... —No me deja terminar la frase, me besa.

—No pienses en el pasado, sino en el presente y en el bonito futuro que nos espera. Nacimos el uno para el otro, yo para ti y tú para mí. Cierto que la vida no fue justa contigo, no te lo niego. Se cebó muy mucho, ¿y qué? Aparecí y te la arreglé, quiero pensar.

—Piensas bien.

—Pues quédate solo con eso y obvia el resto. Las cosas malas no deben abarcar ningún espacio en tu cerebro, no se lo permitas. ¡Olvídate de todo! No debes padecer, sino ser inmensamente feliz. Y cada día pongo todo mi empeño para que sonrías y rías, la risa es salud. ¿Lo consigo?

—Eres un sol, no me canso de repetirlo: nunca podré devolverte todo el bien que me has hecho.

—Me lo devuelves con creces, ni te imaginas cuánto. Cada segundo a tu lado vale más que todo el dinero del mundo. Eres mi bien máspreciado, el tesoro que buscamos todos los hombres y que pocos tenemos la suerte de encontrar. Te quiero muchísimo y te amo todavía más. Eres la mujer con la que siempre soñé, te quería antes de conocerte, la que anhelé sin saber que la deseaba y la que necesitaba a toda costa. Y lo primordial: juntos hemos obrado el milagro: dos hijas adorables y, de rebote, dos increíbles nietos. Y los que llegarán, ¡un par más no estaría mal! Pedirle más a la vida no tiene sentido, tenemos todo lo que es realmente importante. Y ahora sí, amor, ve a prepárame el desayuno que me has dejado famélico. Perdón, bombón, no te he preguntado si estás llena o te has quedado con ganas, puedo darte un meneíto rápido, en la cama, que está más blandita y es más cómoda. ¡Dime qué te pide el cuerpo!

Recuerdo a Gloria Estefan, y le canto.

—Oye, mi cuerpo pide guerra, y con tu pene se quiere calmar, calmar. Oye, mi cuerpo está falto, y con tu falo se quiere saciar, saciar, saciar.

Se ríe.

—Pues no le hagamos rogar más. Espérame en la cama, me aclaro y...